

De la crisis ambiental a la sustentabilidad de la vida: a modo de cierre

HERNANDO URIBE CASTRO¹

¿Ultimátum?

Como se mencionó en la introducción de este libro, estábamos afinando los últimos detalles para su publicación cuando emergió en el planeta la así catalogada pandemia producida por la difusión exponencial del coronavirus denominado por la Organización Mundial de la Salud como *COVID-19*. No solo es importante comprender y conocer su génesis, su dinámica de propagación, sino, y sobre todo, los efectos que ello tendrá para la sustentabilidad de la vida de la especie humana en este planeta.

Indudablemente, no podríamos dejar pasar esta oportunidad para plantear unas reflexiones sobre este hecho –sin caer en el efecto de comprensión inmediata que tanto daño hace al conocimiento para evitar, como lo expresa Bourdieu (2019), el creer demasiado pronto que ya comprendimos–, cuyos efectos, además de sociales, económicos y políticos, los tiene también ambientales y que sin duda alguna estaban relacionados con todo lo que en este libro se había venido expresando.

1. Doctor en Ciencias Ambientales, magíster en Sociología y licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad del Valle. Fue jefe de Departamento de Ciencias Sociales y Económicas y director del Instituto de Estudios para la Sostenibilidad de la Universidad Autónoma de Occidente entre 2017 y 2019. Ha sido director del grupo de investigación en Conflictos y Organizaciones (2008-2020). Actualmente es profesor titular y director del Doctorado en Regiones Sostenibles de la Universidad Autónoma de Occidente. Es par investigador e investigador senior reconocido por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación de la República de Colombia.

Al ser un evento que nos tomó por sorpresa, el COVID 19 arranca la vida de cientos de miles de personas en todo el mundo. Estamos experimentando su proceso de propagación que se dice, inició en una provincia de China en diciembre de 2019 y rápidamente se paseó por todos los continentes: Asia, Europa, Australia, África y América. Se dice que a Colombia llegó el 6 de marzo de 2020, cuando se reportó el primer caso de una joven que lo había contraído en Europa. Cada día se reportan nuevas cifras de contagiados, enfermos de gravedad, recuperados y muertos. Sus características de letalidad ha conllevado a una guerra entre corporaciones farmacéuticas por encontrar la cura, y por ello, prestigiosos institutos de investigación están estudiando e investigando vacunas y medicamentos, pues quien lo logre, seguramente monopolizará increíbles beneficios económicos, mientras que los gobiernos chapotean en un pantano de arenas movedizas, tratando de definir políticas para enfrentar los costos económicos de la pandemia, controlar los datos de enfermos y muertos, así como para tomar las medidas de cuarentena que afecten lo menos posible sus finanzas. No es de extrañar que uno de los debates que ha surgido entre los gobiernos con respecto al coronavirus es la respuesta por la pregunta: ¿abrir la economía en los países o salvar vidas?

Ni los sistemas de salud, ni los innumerables decretos emitidos por los diferentes gobiernos en todo el mundo han podido contener hasta este momento su propagación. Sus efectos en la economía global no se hicieron esperar, pues arrastró los precios del dólar a niveles mínimos históricos y la caída de las bolsas de todo el mundo, las crisis financieras de los Estados y las economías familiares. Buena parte de la sociedad global se encuentra confinada y en cuarentena en los hogares, ofreciendo un paisaje civilizatorio sin turismo, sin gente en las calles, sin tráfico de vuelos aéreos o marítimos. Sufren los grupos empobrecidos y las clases medias a quienes no llegan los apoyos de los gobiernos y no cuentan con los recursos económicos y sociales apropiados para enfrentar tantos días de encerramiento; también sufren médicos y enfermeras y todo el personal de salud porque no dan abasto y terminan también contagiados por falta de

equipos de bioseguridad. En Colombia², se han dado despidos masivos de personal médico por exigir estos equipos y además han sido víctimas de atropellos, amenazas y estigmas por otros ciudadanos que ven en ellos, potenciales reproductores del virus; y, por supuesto, sufren las familias de aquellos que murieron por el coronavirus, pues ni siquiera pudieron despedirse de sus seres amados debido a las medidas de protección con respecto a la manipulación de los muertos por la enfermedad³.

-
2. Es increíblemente preocupante el manejo que el Gobierno Nacional de Colombia en manos del señor Iván Duque, –ficha del cuestionado expresidente Uribe Vélez– le dio al tratamiento de la pandemia porque: tomó decisiones tardías; abandonó al cuerpo médico a su suerte; demoró en la adquisición de los equipos de bioseguridad; permitió las prácticas de corrupción de gobernadores, alcaldes y concejales; compró en medio de la crisis económica de la pandemia autos blindados por unos valores increíblemente altos; benefició a la banca privada y no a las personas empobrecidas; buscó todos los medios para tapar los huecos financieros de empresas privadas como Avianca; no protegió a los líderes sociales que continuaron siendo asesinados; no controló la tala de los bosques por falta de control del Estado; permitió “chuzadas” ilegales y seguimientos a periodistas y líderes opositores; implementó unos apoyos donde los muertos eran los que cobraban los auxilios; entre otras cosas. Su ministra del Interior llegó a expresar “para qué cerrar ciudades donde no ha llegado el virus”.
 3. De este modo, los esfuerzos de los gobiernos por evitar el ingreso de personas contagiadas fueron perdidos, pues el virus ingresó por los principales aeropuertos y zonas de frontera. Una vez en los territorios nacionales, el COVID 19 se expandió sin límite alguno y produce sus estragos. Ahora los gobiernos pretenden aplanar la curva formada por las cifras diarias de contagiados, enfermos y muertes. Están perdiendo el control. Los intentos por aplanar la curva sirven de argumento y defensa a los gobiernos para demostrar que sus acciones y decisiones fueron acertadas y así se evitan, no solo la sanción jurídica-legal sino también política-social. Ningún agente del Gobierno desea complicarse la vida, enfrentando actos de Ley por no haber tomado las medidas necesarias. Por tanto, aplanar como sea la curva de muertes y enfermos –a pesar de ser conscientes de que no se tomaron las medidas necesarias y a tiempo para enfrentar la calamidad– se convierte en prioridad y se debe lograr como sea, incluso eludiendo, ocultando y no ofreciendo en tiempo real los datos. De ahí que una de las estrategias que usan los agentes de Estado para demostrar que sus acciones fueron acertadas es la manipulación de la información de distintos modos: obligando a los servicios de salud a entregar los datos a un ente central del Gobierno para evitar que los datos lleguen de modo directo a la sociedad; manipular estos datos integrándolos por partes o series de partes a la sociedad, por ejemplo, una vez al día; o por ejemplo, hacer más lenta la toma de muestras, el envío a los laboratorios y la entrega de resultados. Existen muchas formas de manipulación de los datos que son ocultos a la sociedad. Enfrentamos entonces el efecto “mostrar ocultado” del que nos habla Bourdieu. Se publican los datos en los medios de comunicación y las plataformas oficiales para el conocimiento del público, pero solo aquellos datos que son autorizados con el propósito de ofrecer la sensación de que se comparte la información. De este modo, la voz oficial es la voz del Gobierno que legitima su acción y valida la información que da a conocer. Pero estos datos no incluyen los otros que fueron censurados, ocultos, ralentizados y/o engavetados. En Colombia, personal médico y de enfermería vienen denunciado a través de diferentes medios que los hospitales y servicios de salud, atienden más enfermos y existen más muertes de los que se comunican o se dan a conocer. Denuncian que tampoco se les ha ofrecido todo el dispositivo de bioseguridad para cumplir con su trabajo³. El número de ciudadanos enfermos de COVID 19 a los que no se les aplicó o ha aplicado la prueba es creciente. Ponen al ciudadano a comunicarse con una línea de emergencia que mantiene ocupada y que no logra atender a toda la población.

Mientras la pandemia del COVID-19 se extendía y enfermaba a todo ser humano en cada rincón del mundo, Richard Connor de DW, informaba que investigadores del Programa Antártico Australiano habían realizado algunos registros inéditos de ola de calor en la estación de investigación Casey (Antártida Oriental), durante el verano del hemisferio sur 2019-2020, los cuales podrían tener efectos de patrones climáticos globales. Dice el reporte de Connor que entre los días 23 y 26 de enero, las temperaturas mínimas fueron superiores a cero grados Celsius, mientras que las máximas alcanzaron un máximo de 7,5 grados. Precisamente, el 24 de enero, se registró una temperatura alta récord de 9,2 grados Celsius, 9 grados más que el máximo promedio de la estación.

Ante estos hechos, hoy más que nunca, lo enunciado por el *Manifiesto por la Vida* (2002) tomó increíble importancia, sobre todo porque la sustentabilidad está basada en un conjunto de principios éticos que, de tenerse en cuenta, pueden ser una luz para la supervivencia de la especie humana en adelante. Estos principios son: la ética del cuidado, la ética del respeto, la ética de la precaución, la ética de la responsabilidad, que en su conjunto conforman la ética de la sustentabilidad. Principios que han sido negados, no practicados, y son poco atendidos por la sociedad del consumismo, de la extrema capitalización de la vida y de la cosificación humana. Principios que fueron considerados fantasías de locos, y por tanto, relegados y proscritos por gobiernos, corporaciones y grupos de la sociedad.

Las pandemias y el calentamiento global producen efectos a toda la especie humana. La diferencia sustancial es que la pandemia se introduce como virus sobre cada ser humano, y cada ser humano puede experimentar de modo directo y en su propio sistema, “concreto”, algo que afecta a todos por igual. El COVID-19 afecta al organismo humano, colectivo y global. Se inserta en este organismo y puede llevarle a un estado de muerte. Los humanos no lo perciben como un algo externo –como sí sucede con el calentamiento global–, sino como un elemento que está en el ambiente, en el entorno social, y que se internaliza en el cuerpo humano, afecta el sistema pulmonar y produce la muerte del sistema corporal desde dentro del organismo, es decir produce *entropía máxima* que es la muerte (Schrödinger, 2005, p. 45)⁴. Lo interesante es que hasta el momento de redactar estas líneas, no existía amplia evidencia de que el COVID 19 afectara

4. La idea de la muerte como *entropía máxima* es pronunciada por Erwin Schrödinger en su maravilloso texto *¿Qué es la vida?* escrito en 1944. Una publicación reciente de este texto la realizó la Universidad de Salamanca en 2005.

a otras especies vegetales o animales, aunque se anunciaron casos de algunos animales afectados. Por su parte, el calentamiento global se ha percibido como algo externo, lejano al organismo humano y por ello es que muchos –entre ellos gobiernos– han negado su existencia. Lo han percibido como un fenómeno que está arriba, en la atmósfera.

LA IMPORTANCIA DE COMPRENDER ESTOS FENÓMENOS

Las pandemias y el cambio climático, además de ser biológicos, ecológicos y climáticos, son hechos sociales. No solo porque pueden ser producto de lo humano, o que además son fenómenos que afectan lo humano, sino que su expresión y sus efectos no se pueden fragmentar para comprenderlos, puesto que son fenómenos multidimensionales. Sus síntomas se expresan en todas las dimensiones de la existencia y producen afectaciones en todos los campos: la salud, lo biológico, lo ecológico, la vida social, lo educativo, lo laboral, lo económico, el funcionamiento del Estado, lo cultural, el turismo, entre otros. Ponen en evidencia que todo está conectado con todo y que se puede resumir en una frase: una especie humana enferma es una civilización enferma. Este principio básico fue olvidado.

Por lo tanto, son fenómenos que, como sistemas complejos, requieren de marcos de comprensión también complejos. Indudablemente, no serán los únicos fenómenos que afecten a la especie humana, pues como se sabe, a estos se seguirán sumando otros fenómenos que tendrán grandes repercusiones para los estilos de vida en el planeta. En tiempos de la difusión global del COVID 19, mientras la mayor parte de la humanidad estaba confinada, la atmósfera disminuyó sus niveles de contaminación, los animales empezaron a verse nuevamente en las ciudades, los delfines se aproximaron nuevamente a las playas y puertos, las aves pudieron cantar de árbol a árbol, los pavorreales se pasearon por calles importantes de las urbes, las vacas caminaron tranquilas por las grandes avenidas. Las especies vieron una oportunidad para recuperar el espacio que habían perdido por la presencia de los humanos.

Estos fenómenos son expresiones que demuestran con toda claridad, que la especie humana no aprendió a vivir en las condiciones de la vida como lo expresa Leff (2019). Son efectos de un proceso social que privilegió la racionalidad instrumental y económica por sobre la vida. Una racionalidad económica basada en la búsqueda del crecimiento económico ilimitado, la rentabilidad y la acumulación incesante de capital. Max-Neef y Smith (2014) habían indicado que

en este modelo de sociedad “la acumulación de riquezas financieras en cada vez menos manos ha alcanzado proporciones obscenas” (2014, p. 23). También indicaron estos autores que, “En Occidente tendemos a percibirnos como miembros de una cultura triunfadora. Sin embargo, lo cierto es que por más que ampliemos mucho el concepto de éxito, continuamos siendo seres incompletos, materialmente hiperdesarrollados y espiritualmente pobres” (p. 23).

Ante eventos como el COVID 19 o el calentamiento del planeta, la especie humana se ve obligada a despertar de un letargo, de un adormecimiento, que produjo prácticas irresponsables contra la naturaleza. Cada ser humano –independiente del grupo étnico, su clase, origen y estatus social– integrante de esta especie ha podido experimentar en carne propia los efectos *insustentables* de un modo de vida irresponsable con el planeta. Se esperaría que ante estos fenómenos, la especie humana empezara a comprender que la vida que llevaba era increíblemente insustentable, no solo para el planeta, sino para su propia existencia. Ahora todo parece sintetizarse en la capacidad de sobrevivencia que cada ser humano debe desplegar para mantenerse vivo ante uno, otro y otro fenómeno que atente contra su vida. Como el atleta que a toda prisa debe saltar obstáculo tras obstáculo para salir victorioso y con vida.

Aunque existan expresiones de solidaridad y ayuda mutua (gente cantando desde los balcones dándose fuerza o apoyando con víveres y mercados a los más necesitados), el problema es que estas competencias por sobrevivir pueden llegar a reproducir con mayor rigor el egoísmo, la desconfianza y el distanciamiento social. No existe duda que ante pandemias, las redes sociales cumplen una función como esquemas de sociabilidad, que a su vez reproducen el vacío existencial, la individualización y la destrucción del encuentro social cara a cara. En tiempos como el que se vive, la frase que toma fuerza es ¡sálvese quien pueda!

Pero lo que llama más la atención es que ni ante la gravedad del asunto, la arrogancia de algunos humanos, –sobre todo del mundo corporativo y agentes de gobiernos–, no se apacigua. Por el contrario, estos agentes ven en estos fenómenos increíbles oportunidades para continuar expandiendo su crecimiento económico, para ejercer con más fuerza su poder, para imponer con más decisión sus intereses, para aprovechar la oportunidad para profundizar las prácticas de corrupción, para asegurar con mayor blindaje sus capitales.

El 2020, en escenario de pandemia pudo evidenciar los despidos masivos de trabajadores en todo el mundo, competencias por monopolizar el mercado global de los medicamentos, aumento de las tasas de interés de los préstamos bancarios, movilización de

increíbles cantidades de recursos públicos que terminan en redes de corrupción y criminalidad y como apoyos a las grandes empresas e industrias; son manifestaciones del increíble egoísmo y soberbia del mundo del capital. Pero también se pudo observar la desigualdad social y la lucha del día a día de millones de personas para acceder a la alimentación básica, la informalidad de sus trabajos, la percepción de que sin dinero contante y sonante la vida no tiene sentido. Pareciera incluso que, ante estos escenarios el capitalismo se reinventara para sobrevivir y para sacar mejor provecho de la catástrofe humana. Un ejemplo claro es el comportamiento del sistema financiero en tiempos de COVID 19. Por ello, se hace evidente que la urgencia de la humanidad no es solo para su sobrevivencia, sino también una confrontación directa contra todo el sistema, el engranaje del modelo de sociedad capitalista.

Deconstruir la economía para sembrar la sustentabilidad

De esta crisis de civilidad, que es una crisis de humanidad, es la que nos alertaban autores como Leonardo Boff (2001), Arturo Escobar (2014), Patricia Noguera (2018), Enrique Leff (2019), entre otros. Por ejemplo, para Leff (2019), la posibilidad por la sustentabilidad requería de una deconstrucción de la racionalidad económica y de la economía misma, la cual había logrado gobernar por varias décadas los senderos civilizatorios. La sustentabilidad ha sido llamada en las últimas décadas una y otra vez para cumplir un papel esperanzador, práctico y pertinente para enfrentar este panorama de destrucción:

Para controlar la degradación entrópica del sistema de soporte de la vida en el planeta y contrabalancear los efectos destructivos generados por la inercia de la pulsión del proceso de globalización tecnoeconómica fue forjada una palabra maestra: sustentabilidad. La construcción de la sustentabilidad de la vida fue el llamado para salvar a la Tierra de una catástrofe tan no intencionada como impredecible (Leff, 2019, p. 1).

La dificultad con esta deconstrucción es que la economía capitalista está muy bien cimentada tanto en las estructuras sociales, como en las estructuras mentales de los individuos. Bourdieu (2019), por ejemplo, reflexiona sobre la fuerza social y dominante que tiene

la teoría económica y su filosofía⁵. Y su fuerza no radica tanto en la fortaleza teórica, sino en que cumple funciones eminentes en la vida social:

Cuando una teoría es débil teóricamente y dominante socialmente, se debe a que cumple funciones sociales eminentes, a que tiene de su lado el orden social, las estructuras mentales, etc. Entonces, no podemos conformarnos con una crítica teórica, construida de antemano, porque colisiona con las fuerzas sociales. También hay que intentar comprender las fuerzas sociales que constituyen la fuerza de teorías muy débiles. Cuando se trabaja en y sobre el mundo social, no hay peor adversario científico que los adversarios teóricamente débiles y socialmente fuertes” (2019, p. 292).

La sustentabilidad corresponde a un proceso de construcción que va en contravía a toda esa racionalidad de la teoría económica dominante. Y por tanto, en la sustentabilidad, la vida es el eje central⁶. Es la construcción de la sustentabilidad de la vida basada en unos principios éticos y un imaginario social que valora la vida por encima de todo, pero que además comprende el proceso de construcción

-
5. A Bourdieu le llama profundamente la atención, cómo la teoría económica basada en el cálculo económico tenía por característica ser universalizante y homogénea, negando los gustos, la historia de los agentes sociales, las condiciones sociales de producción, e incluso, las condiciones económicas de producción. Advertía Bourdieu que en la práctica real, existen ejemplos de cómo se implementaron economías capitalistas en sociedades precapitalistas, y además, colonizadas. Bourdieu se extraña porque al parecer nunca se hicieron preguntas fundamentales como: ¿qué condiciones económicas deben cumplirse para que alguien acceda al cálculo económico? ¿No hace falta tener un mínimo de seguridad económica para tener la idea de tomar garantías económicas? Y la más importante ¿el *homo oeconomicus* es una suerte de hombre racional, universal? (2019, pp. 285-286). Bourdieu considera que “la teoría económica elimina, con la historia del agente, la cuestión de las condiciones económicas y sociales de producción del agente económico” (2019, p. 288). También explica que “En concreto, el *homo oeconomicus* es una construcción ficticia y el agente, un *fictio juris*, una suerte de deber ser que es producto de la aplicación de los modelos económicos a las conductas individuales” (Bourdieu, 2019, p. 289).
6. “La sustentabilidad emerge en el horizonte de un mundo convulsionado por la crisis ambiental, en el que se han quebrantado y degradado las estructuras ecológicas básicas que dan soporte a la vida. La sustentabilidad devino en una palabra vigilante para reajustar el proceso económico, las prácticas sociales y los comportamientos personales para devolver el equilibrio a la vida. Empero, abrir los cauces a la sustentabilidad de la vida implica mucho más y otra cosa que aceitar los oxidados y desgastados mecanismos económicos para internalizar las externalidades ambientales a través de la creación de nuevos instrumentos económicos para la ‘gestión ambiental’. La sustentabilidad implicaba construir fronteras y poner límites al sistema económico, pero la propia racionalidad económica ha mostrado su indisposición e incapacidad para recomponerse internalizando las condiciones termodinámicas y ecológicas de la vida” (Leff, 2019, pp. 16-17).

histórica de la humanidad, de su diversidad, de sus formas culturales y particularidades de existencia. Y no solo la vida humana sino también la vida y la existencia de las demás especies con las que se comparte este nicho en el universo.

Leff (2014), recuerda que:

El concepto de sustentabilidad se ha vuelto difuso y confuso, no solo por su ambigüedad polisémica sino por las estrategias de simulación y de cooptación del concepto en las estrategias discursivas de la geopolítica del desarrollo sostenible. Habré de comprender por sustentabilidad del orden social –más allá de la diferencia entre sustentabilidad fuerte y débil de la economía (Daly, 1991); más allá de la idea de un ajuste económico a una norma ecológica– el ordenamiento social dentro de las condiciones ecológicas, termodinámicas y existenciales de la vida; y al concepto de futuro sustentable como un horizonte de vida sin un fin predeterminable, construido por el encuentro de racionalidades diversas en la inmanencia de la vida (2014, p. 10).

Al ser cooptado por los organismos internacionales y gobiernos para usarlo como argucia que promueve un capitalismo más verde y la homogenización de la sociedad, la sustentabilidad debe liberarse (Leff, 2019). Y debe liberarse no solo del manejo que hacen de él, agentes y gobiernos, del modelo económico de los Estados, sino también de la racionalidad de la modernidad que bajo la idea de la destrucción creativa, legitima los daños ambientales y ecológicos en nombre del desarrollo y el progreso. Debe liberar del pensamiento aquel que reducía la existencia humana planetaria a la idea de “aldea global”. Nos recuerda Noguera (2018), que “El pensamiento ultramoderno, que reduce la Tierra a una ‘aldea’, configura los tiempos de la globalización, mientras los tiempos de la *era planetaria* urgen pensar a la Tierra como diversidad y diferencia en el despliegue” (p. 15).

Estas son argucias del discurso globalizador con el que se pretende la legitimación de la modernidad y del capitalismo a ultranza. Nos explica Leff (2014) que:

La modernidad es la instauración de un impulso hacia un progreso, que basado en falsas premisas (la mano invisible, la transparencia del mundo, la razón *a priori*, las ideas absolutas, el sujeto autoconsciente, el control de la realidad) acelera la destrucción de sus bases de sustentabilidad. La creación destructiva del capital es lo que mejor la define (2014, p. 18).

El COVID 19, en el escenario de cambio climático, demostró que las medidas tomadas por los organismos internacionales basadas en el *desarrollo sostenible* fracasaron, porque fueron medidas que como “paños de agua tibia”, no lograron solucionar los grandes problemas ambientales. Porque fueron medidas que buscaban soluciones pero que no atacaban las bases reales del problema que era detener el encanto de la humanidad por el capitalismo, el productivismo, el extractivismo y el consumismo. El desarrollo sostenible enmascaraba la economía y su racionalidad con una careta verde, para hacerla pasar como responsable con el planeta.

El coronavirus demostró que la humanidad es la causante del gran daño ambiental y que por tanto, para dar reverso a este cambio climático se requiere “apagar” todo el sistema económico que está en funcionamiento y “paralizar” las operaciones. Detener la humanidad de su vértigo, del extractivismo, de la creciente productividad, de la incesante movilidad urbana y transcontinental, del consumismo incesante de petróleo y derivados, entre otros efectos. De este tamaño es la situación. Y para aquellos que decían que esto era imposible, el COVID 19 demostró lo contrario. El mundo corporativo se puede detener para que el planeta respire.

La sustentabilidad de la vida es entonces la capacidad de detener e inmovilizar la agreste e incesante acción humana en el planeta. Lo que no logró el desarrollo sostenible, lo logró en tiempo récord el microscópico virus COVID 19. La desestructuración de un modelo económico que mantiene en movimiento continuo de trabajo y acción a la humanidad. Esto es importante porque los Estados, organismos internacionales y sistema financiero global son los garantes de que este modelo económico promueva ese movimiento incesante de la actividad humana. Si esto lo hizo una pandemia con el poder que esta tuvo, ¿qué se podría esperar de pandemias más fuertes y para las que la humanidad no está preparada? Esta puede surgir en cualquier lugar y en cualquier momento.

También es el reconocimiento de la diversidad cultural, de la biodiversidad y de la compleja trama de la vida que se desarrolla bajo unas condiciones dadas por los límites del sistema planetario. Estos reconocimientos son esenciales para transitar hacia un mundo distinto donde todos tienen cabida en este contexto planetario⁷. La arrogancia humana de ser la especie “reina” del planeta ya no tiene

7. Fritjof Capra, por ejemplo, señala que: “La trama de la vida es una red flexible en continua fluctuación. Cuanto más variables se mantengan fluctuando más dinámico será el sistema vivo y mayor será su capacidad para adaptarse a los cambios (1998, p. 312).

justificación alguna y sus bases de legitimación desaparecen. La diversidad biológica, cultural y ecológica son dimensiones centrales de la sustentabilidad de la vida. La vida es un sistema que integra componentes físicos, biológicos, ecológicos, sociales (políticos y económicos), culturales y ambientales. Su centro no está en la economía, sino que está en las condiciones físico-naturales que permiten la posibilidad de cualquier existencia en el planeta.

La sustentabilidad de la vida requiere, nos dice Leff (2014), de una racionalidad ambiental. De una disposición mental distinta a la racionalidad que dominó la sociedad del capitalismo. Siguiendo a Leff (2014):

La racionalidad ambiental configura otra comprensión del mundo: pone en juego la deconstrucción de la racionalidad que destina y proyecta el mundo en el sentido de la degradación entrópica, frente a los sentidos múltiples de la sustentabilidad de la vida sustentados en los imaginarios sociales, como una constelación de modos de comprensión del mundo que reemergen y se proyectan hacia la construcción de mundos negentrópicos de vida (p. 26).

Cultura y educación sustentables para la paz terrestre y humana

Para alcanzar estos principios sustentables se requieren alternativas educativas. Una educación planetaria (ecopedagogía o pedagogía planetaria), basada en la ética de la sustentabilidad y del conocimiento de los principios que rigen la vida en el planeta. Una pedagogía planetaria que descentre la enseñanza de aquella educación basada en la racionalidad de la modernidad y de la teoría económica que pone el acento en la competencia, el crecimiento económico y en el desarrollo de destrezas solo para ser mano de obra. La ecopedagogía es educación para la vida, para vivir en paz y en las condiciones del sistema biológico, ecológico y geoquímico que produce formas vivientes en el planeta Tierra.

Una educación que exprese la emergencia (surgir) de lo ambiental como resultado de la relación entre las culturas y los ecosistemas. Noguera (2018) nos recuerda que fue Ángel Augusto Maya quien aportó a la transformación del concepto de “ambiente” al considerarlo como una relación emergente entre las culturas y los ecosistemas,

pues los estudios ambientales habían abordado el ambiente como recursos naturales, es decir, el entorno que rodeaba al ser humano: “Si el ambiente es lo que emerge de la relación entre las culturas y las tramas de la vida, el pensamiento ambiental se ocupa de esas relaciones en su densidad, en su complejidad, en sus estéticas, en sus movimientos y en sus transformaciones” (2018, p. 17).

Ángel Maya (2001) explica que, en este sentido, la vida es un flujo energético de los elementos materiales: “Ningún elemento puede ser explicado por sí mismo, independientemente de las relaciones que lo articulan al sistema [...] la organización impone su regla a los elementos que la constituyen, pero al mismo tiempo es el producto de dichos elementos” (p. 105).

La pedagogía planetaria se convierte en una herramienta poderosa para la ética de la sustentabilidad donde sea posible el diálogo de saberes, el encuentro con la otredad y el respeto por la alteridad. Una pedagogía que pone al ser humano en conexión con las más finas fibras del sentir y vivir planetario. La sustentabilidad de la vida se logra con emociones, pensamientos y prácticas también sustentables. Para la sustentabilidad se requieren disposiciones también sustentables, *habitus ecológico y ambiental*⁸. Vivir bajo las condiciones de la vida es vivir en paz y en convivencia con todos los otros seres con quienes compartimos este escenario planetario. Seres biológicos, físicos, culturales y ecológicos. La paz territorial es la paz de la sustentabilidad, sin transgredir las fronteras ecológicas y culturales.

Exige también de formas distintas de gestión. Sin embargo, no es la gestión del mundo neoliberal, al modo como se comprende y se practica en la administración del negocio, de la empresa para buscar la rentabilidad, la acumulación de capital económico y el aprovechamiento total de los elementos de la naturaleza. No es esta la gestión, la del reduccionismo de su posibilidad económica. Se habla de la gestión en términos de ofrecer la posibilidad del reverdecimiento de la vida para que la vida tome el lugar que merece en la estructura social, mental y cognitiva de los seres humanos y pueda florecer en todos los espacios posibles del planeta. Gestionar el cuidado, el respeto, la conservación, la protección, de tal modo que los recursos

8. Esta noción de *habitus ecológico y ambiental* –así como la noción de *campo ambiental* que va a la par– está en proceso de construcción, por tanto no es una noción terminada. Está siendo pensada, poco a poco elaborada con la ayuda de la perspectiva de Pierre Bourdieu (Uribe, 2018). Pierre Bourdieu decía que: “La noción de campo no es una tesis, ni lo que corrientemente se da en llamar una teoría. Desde el primer uso que hice de la noción, indiqué que era una manera de pensar, una suerte de término mnemotécnico que, ante un problema, brinda técnicas de construcción del objeto” (Bourdieu, 2019, p. 542).

económicos estén para ofrecer protección y cuidado. La gestión que vela porque la vida continúe su proceso natural de producción y reproducción. La gestión de la tecnología y la economía al servicio de la vida y el planeta.

Exige también de nuevas propuestas de comprensión como lo expresa Carrizosa (2018) con su concepto de *ecología integral*, el cual puede ser uno de los caminos para una mejor comprensión del mundo social que se vive y experimenta en los territorios –especialmente el colombiano, en el que se presentan conflictos que parecen inacabados– y también como senda para alcanzar la paz social. Para ello, es necesario deconstruir el modelo político y económico que impera en la sociedad y que son el principal obstáculo para la construcción de la paz. Una sociedad en permanente guerra impide que la sociedad piense más allá de ello porque lo que prima es sobrevivir en medio de la destrucción. Mientras que una sociedad en paz, tiene las condiciones óptimas de calidad de vida, tiempo y disposición no solo de pensar en los problemas estructurales del país, sino también de construir alternativas y soluciones prácticas de la sobrevivencia humana.

Referencias bibliográficas

- Ángel Maya, A. (2001). *La razón de la vida. El retorno de Ícaro*. Cali: Corporación Universitaria Autónoma de Occidente.
- Boff, L. (2001). *Ética planetaria desde el Gran Sur*. Madrid: Editorial Trotta.
- Bourdieu, P. (2019). *Curso de sociología general 1. Conceptos fundamentales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Capra, F. (1998). *La trama de la vida. Una perspectiva de los sistemas vivos*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Carrizosa Umaña, J. (2018). *El ambiente en la discusión de la paz. Una década de reflexiones y respuestas*. Bogotá: Esri Colombia.
- Connor, R. (31 de marzo de 2020). La Antártida experimenta su primera ola de calor jamás registrada. En *DW*. Recuperado de <https://p.dw.com/p/3aFOG>
- Escobar, A. (2014). *Sentipensar con la tierra. Nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Medellín: Ediciones Unaula.
- Galano, C. et al. (2002). Manifiesto por la vida por una ética para la sustentabilidad. *Ambiente & Sociedade*, 5(10), 1-14.

- Leff, E. (2014). *La apuesta por la vida. Imaginación sociológica e imaginarios sociales en los territorios ambientales del sur*. México: Siglo XXI Editores.
- Leff, E. (2019). *Ecología política. De la deconstrucción del capital a la territorialización de la vida*. México: Siglo XXI Editores.
- Max-Neff, M. y Smith, P. B. (2014). *La economía desenmascarada. Del poder y la codicia a la compasión y el bien común*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Noguera de Echeverri, A. P. (2018). Tierra-calco / tierra-rizoma. Desafíos simbólico-bióticos de la era planetaria. En *Pensamiento ambiental en la era planetaria. Biopoder, bioética y biodiversidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, pp. 15-42.
- Schrödinger, E. (2005). *¿Qué es la Vida? Textos de Biofísica*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Uribe Castro, H. (2018). Sobre el campo ambiental. En *Cuadernos de Doctorado* No. 1. Cali: Programa Editorial de la Universidad Autónoma.